

Conectarse a la vida

Ángeles Prieto Barba

Ilustraciones de Mario Miranda
y Sonia Salvador Vicente

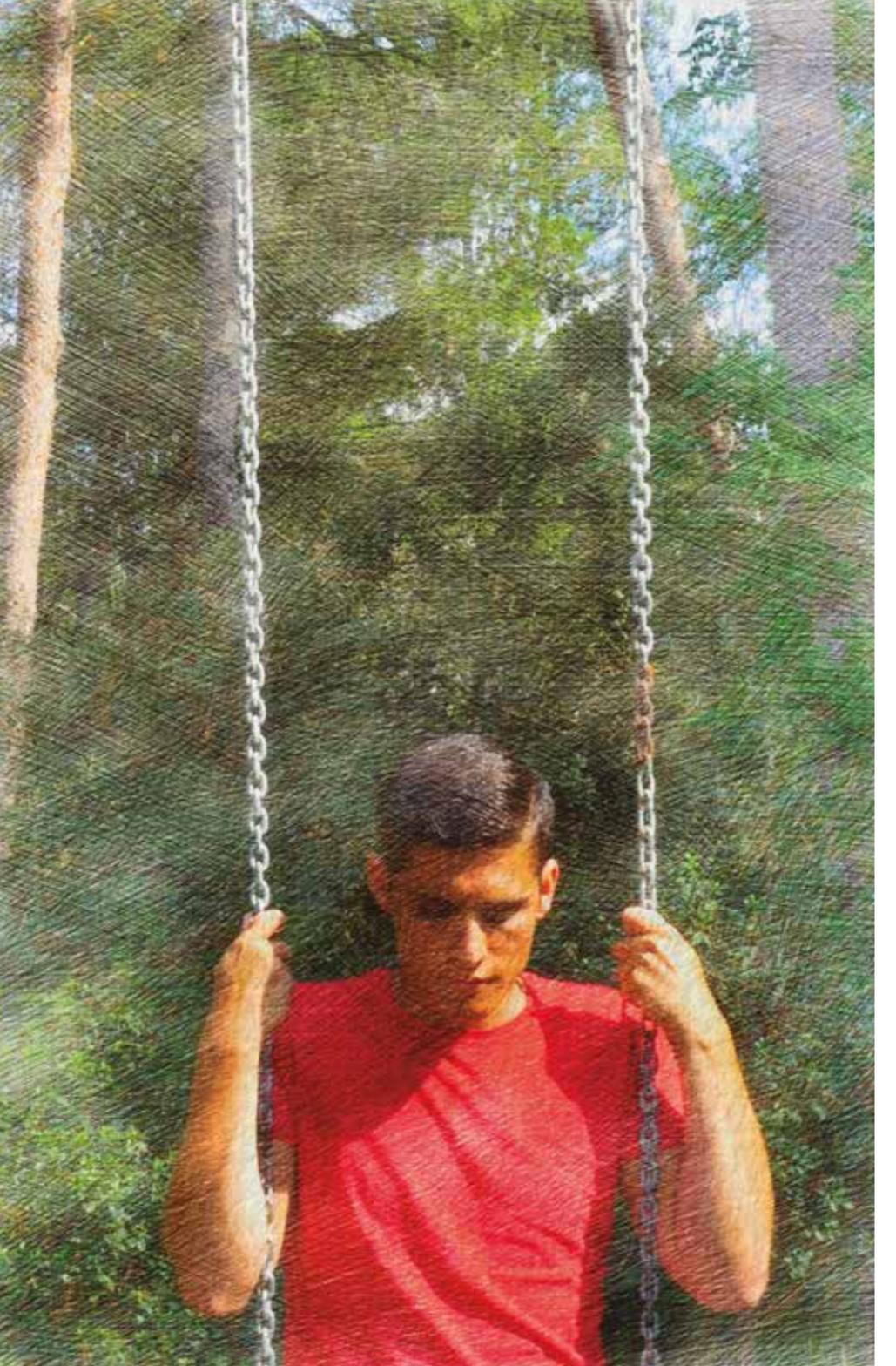
12-16 años



Fundación
MAPFRE



Unidad Nacional
de Seguridad Vial



Conectarse a la vida , 2015.

Programa de Prevención y Educación Vial en el Aula de 12 a 16 años.

El Programa de Prevención y Educación Vial en el Aula es una iniciativa del Área de Prevención y Seguridad Vial de FUNDACIÓN MAPFRE, dirigida a todos los niveles educativos de 3 a 16 años, para fomentar la prevención y las buenas prácticas viales en los centros docentes.

Dirección de proyecto: Área de Prevención y Seguridad Vial – FUNDACIÓN MAPFRE.

Coordinación: Territorio creativo.

Edición y diseño didáctico: La Llave. Gestión y producción cultural.

Diseño y maquetación: Rebeca López González y M. Isabel Martínez Jiménez.

Producción de audiovisuales: La Llave. Gestión y producción cultural.

Animación: Vicente Mallols.

© Del texto: Ángeles Prieto Barba.

© De las ilustraciones: Mario Miranda y Sonia Salvador Vicente.

© De esta edición especial 2022: Fundación MAPFRE y UNIDAD NACIONAL DE SEGURIDAD VIAL. UNASEV. República Oriental del Uruguay. Convenio de Colaboración interinstitucional.

Asesoría para readecuación de textos y dibujos al contexto uruguayo: ÁREA DE EDUCACIÓN VIAL Y CAPACITACIÓN DE UNASEV. Lic. Lauro Paulette y Mtra. Elisa Payque

© De la presente edición:

FUNDACIÓN MAPFRE

Área de Prevención y Seguridad Vial

Paseo de Recoletos, 23

28004. Madrid

www.fundacionmapfre.org

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista en la ley.

I.S.B.N.: 978-84-9844-547-3

Depósito legal: M-26431-2015

Capítulo I: PLAYA O MONTAÑA

Al contrario que muchas familias, cada año todos los Manzanedo iniciaban sus vacaciones el mismo día. Unas vacaciones largas e idénticas para todos, ya que ambos padres eran profesores de instituto. La única diferencia estaba en que Jorge enseñaba historia y la madre, Amelia, literatura. “¡Una familia con afinidades!”, solía indicar Virginia, la única hija. “¡Y demasiados libros!”, replicaba Pablo, su hermano mellizo.

En realidad, aunque los mellizos físicamente no se parecían nada entre ellos, sí guardaban similitudes claras con sus padres: Pablo había heredado el cabello negro y rizado de Amelia, mientras que Virginia era rubia, como Jorge. Este parecido no se limitaba solo al aspecto exterior. Pablo era más temperamental y cariñoso que Virginia, acostumbrada a pensar mucho antes de actuar. Pero los dos solían ser estudiosos y atentos, aunque últimamente costaba bastante que Pablo se alejara de su nueva afición: estaba muy enganchado a los videojuegos.

— Pablo, no te quejes, que gracias a tanto libro podemos irnos de vacaciones. ¡Lo hemos aprobado todo!

—Algunas con mejores notas que otros.

—Si no estuvieras todo el rato jugando...

—Déjalo ya, que nos vamos —cortó Pablo.

El ómnibus escolar que los acercaba a casa estaba a punto de salir. Se formó mucho bullicio, debido al numeroso grupo de alumnos que deseaba abandonar el instituto. Pero Pablo y Virginia no se sumaron a ellos y decidieron esperar tranquilamente en la fila, sin colarse ni salirse de la acera. No hacía mucho que uno de sus compañeros, Julián, se cayó hacia atrás subiendo los escalones del ómnibus por culpa del alboroto y los empujones. Su amigo solamente se lastimó el tobillo, pero otro que iba detrás cayó al suelo, se arañó el brazo y no se lo rompió de puro milagro. Los monitores intentaban poner orden:

—A ver, chicos, tranquilos que hay sitio para todos. Suban despacio y pongan las mochilas en los compartimentos de arriba. Guarden los celulares, no olviden que se convierten en pequeños proyectiles si frenamos bruscamente. Abróchense bien los cinturones. Nada de gritos, música alta, ni tirarse cosas entre ustedes, no debemos molestar al conductor.

Así lo hicieron. Una vez arriba, Pablo decidió no encender el celular, para evitar las quejas constantes de Virginia, y empezaron a conversar de nuevo.

—¿Tienes alguna idea de dónde iremos este año, hermanita? ¿Te han contado algo?

—Ninguna. Pero ojalá papá no tenga ganas de viajar muy lejos, como otros años en que volvemos justo para empezar el nuevo curso. Viajaremos, estoy segura, no creo que nos quedemos en casa todo el verano. Papá se pondría muy nervioso.

—Bueno, ya nos contarán. Yo, teniendo natación y wifi donde vayamos, no me quejaré.

—Y yo, pudiendo andar en bicicleta, tampoco. Ya me conoces.

Pablo y Virginia vivían en las afueras de la ciudad, ocho paradas más allá del centro escolar. Avanzado el trayecto, los grandes edificios y las avenidas dejaron paso a rotondas y a parques hermosos, grandes pulmones verdes de la ciudad, que Virginia recorría en su bici. Más allá de los parques, empezaban las viviendas de las familias. En una de ellas, Jorge y Amelia ya estaban esperándolos con ansiedad.

Al llegar a la parada, los chicos bajaron del ómnibus por la puerta trasera junto con otros compañeros. Después, esperaron a que este arrancara y se alejara para poder cruzar. Unos metros más allá había un paso de cebra, prácticamente en la puerta de su casa. Siempre lo atravesaban con mucho cuidado, mirando antes a izquierda y derecha, y otra vez a la izquierda, tal y como les habían indicado sus padres desde pequeños, por si pudiera venir algún vehículo a gran velocidad. En la misma puerta, su madre ya les estaba esperando.

—A ver, ¿qué tal esas notas?

—Aquí están. Yo tengo dos notables y un sobresaliente. Pero Pablo, tres aprobados nada más.

—Lo de Pablo ya lo hablaremos. Tú, de momento, aprende a no competir —indicó Amelia a su hija con una gran sonrisa, sin riñas. En verdad, estaba contentísima, muy orgullosa de sus hijos, que llegaban hambrientos, con sus mochilas al hombro, sus magníficas calificaciones y muchas ganas de conversar.

Mientras, en el salón, les esperaba Jorge, expectante, leyendo muy tranquilo el periódico, no queriendo mostrar demasiado interés ni inquietud por el carné final. Un salón soleado que sería mucho más espacioso de no ser por cuatro cómodas butacas de orejeras, una alfombra enorme y cinco sólidas estanterías que, repletas de libros, llegaban hasta el techo. En él no había sitio para los televisores, que se encontraban en los dormitorios de arriba. El salón de los Manzanedo era una especie de santuario pacífico y sin ruidos: servía para conversar, compartir ideas y, sobre todo, leer. Los chicos entraron rápidamente, pero sin demasiado alboroto, para informar a su padre. En cuanto lo vieron, no pudieron contenerse y exclamar a la vez, como buenos mellizos:

—¡Lo hemos aprobado todo, papá!

—Estos son mis chicos, ¡qué bien! Pues parece que todos nos hemos ganado una recompensa. A ver, ¿no tienen nada que preguntarme?

Fue Virginia quien tomó la iniciativa, como siempre.

—¡Por supuesto! Somos una familia muy viajera y ya hemos estado en Japón, en Egipto, en Praga, en Roma, en Londres y en Disneyland París cuando éramos más pequeños. ¿Adónde nos van a llevar esta vez? ¿Qué nuevo mundo vamos a descubrir? ¿Qué otra cultura vamos a conocer?

—Bueno, será mejor que suban, dejen las mochilas en los dormitorios, se cambien de ropa y nos vayamos todos a comer. El misterio lo resolveremos luego.

Así hicieron. Jorge se dirigió a la cocina, provista al fondo de una gran mesa para todos y una puerta que daba a paso a un terreno amplio, con piscina y huerto. Allí, Amelia plantaba flores, hortalizas y verduras en sus ratos libres. Un manzano, símbolo de la familia, un laurel y un banano precioso daban sombra, por lo que en verano, se estaba muy a gusto allí. En los últimos días, era frecuente encontrar allí a doña Quiteria, nueva vecina del chalet contiguo, viuda solitaria con ropa extravagante, un tanto misteriosa pero cordial, que solía visitarles más tarde, a la hora de la merienda.

Eran las tres de la tarde y los mellizos tenían hambre, así que, antes de que Jorge terminara de poner los platos y los cubiertos sobre la mesa, sus hijos aparecieron con los vasos y las jarras de agua, dispuestos a dar buena cuenta de un almuerzo que parecía delicioso. Las famosas lentejas de Amelia y las milanesas al horno olían muy bien.

—El primer regalo para mis campeones. Y como postre especial, celebrando sus notas, tenemos la tarta de manzana que tanto les gusta.

—¡Qué bueno todo!, ¡cómo nos vamos a poner!

—Sí, estar de vacaciones, sin horarios que cumplir, nos permitirá comer sin prisas. Mucho mejor.

—Y bien, retomando la pregunta, les hago yo otra. ¿Qué prefieren, playa o montaña? —inquirió Jorge.

Amelia no dio su opinión. Fueron los mellizos, como siempre, quienes replicaron en voz alta y a la vez. Solo que, en esta ocasión, Pablo dijo “¡playa!” sin dudarle, mientras Virginia exclamó “¡montaña!”, con idéntico entusiasmo, sin titubear.

—Bueno, Jorge, ya ves, no hay quorum entre los chicos, ¡qué le vamos a hacer! ¿Les concedes unas horas para pensarlo bien? —dijo Amelia.

—Concedido, pero dense prisa; solo disponemos de tiempo hasta mañana, a la hora del desayuno, para tomar una decisión. Planificaremos el equipaje y, por la tarde, iremos a comprar todo lo que nos haga falta. Vayan preparando sus propuestas.

En realidad, el trabajo de profesores de Jorge y Amelia no era fácil ni liviano. Ocupaba la mayor parte de su tiempo durante el curso escolar. Impartían clases durante toda la mañana, y hasta bien avanzada la tarde no podían regresar a casa: tutorías, bibliotecarios, preparar las clases y corregir exámenes. Y este curso especialmente, donde ambos habían sido nombrados adscriptos, sentían que no habían pasado el tiempo suficiente con sus hijos. En especial, echaban de menos hablar todos juntos, a la hora de almorzar, lo que solo conseguían algunos fines de semana. Porque las cenas eran ligeras y rápidas, sin mucho tiempo para hablar; y los desayunos no digamos. Así que aprovechaban siempre las vacaciones para estar juntos mucho más tiempo.

Tras la tarta de manzana, Pablo y Virginia se encargaron de recoger la mesa. Enjuagaron platos y cubiertos y los pusieron en el lavavajillas. Tiempo que les permitió intercambiar algunas opiniones.

—Montaña no, Virginia. Estoy a punto de entrar en el equipo juvenil de natación. Tengo que entrenar.

—Podemos ir a algún sitio con río cerca y allí podrías nadar.

—¿De esos con piedrecitas al fondo, que te puedes resbalar? Como que no.

—Pues ir a un sitio de playa me parece casi lo mismo que permanecer aquí. Cambiamos piscina por playa, nada más.

—¿Y quedarnos sin vacaciones? Pues vaya solución.

—Nunca he ido en bicicleta por una Vía Verde, eso sí sería un cambio y, si vamos a la montaña, me encantaría hacerlo.

—¿Una Vía Verde? ¿Qué es eso, hermana?

—Pues un largo camino situado en el medio natural. Es decir, sin autos, contaminación ni tránsito a motor de ningún tipo. Solo para senderistas,

ciclistas y jinetes a caballo. Todo salud y seguridad. Podré correr sin estar pendiente del tránsito, en completa libertad. Normalmente, son caminos que han surgido tras desmontar vías de tren y que transcurren sobre puentes y paisajes preciosos. O están cerca de esas excavaciones arqueológicas que tanto gustan a papá. Existen Vías Verdes que podemos recorrer en el mismo día, o en dos días, acampar durante el trayecto, y luego regresar.

—Ya, pero nadar por esos sitios, ni pensarlo.

—Piensa que estarás al aire libre y ejercitarás las piernas. Y eso te vendrá muy bien. No protestes. Ven luego a mi cuarto y te enseñaré folletos con todas las Vías Verdes que tenemos cerca para que podamos escoger.

—Pero la playa, el viento fresco del mar, pasear por la arena, comer helados...También todo eso está muy bien. Y supongo que en las Vías Verdes esas, wifi ni pensarlo, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Si vamos en bicicleta, ni celular, ni tablet, ni Internet. ¿Para qué? No puedo entender que dependamos tanto de esos aparatos, la verdad.

—Dejémoslo ya, al final papá y mamá decidirán.

—Pero antes nos escucharán, ya los conocemos y lo sabes. Y seguro que a mi propuesta dirán que sí. Es muy razonable.

—Lo veremos. Hasta luego, me voy a mi cuarto.

Pablo no veía la hora de subir a su cuarto. Allí no solo tenía que consultar lo que habían escrito sus amigos en Twitter tras terminar las clases. Se le había ocurrido algo genial para contestar a la broma de Julián, el colega que se había lesionado por subir mal al autobús. También tenía que continuar con el juego de “Hidras y Gorgonas”, un arcade muy bueno, que enganchaba y que consistía en quitar de en medio toda clase de monstruos para que el héroe pudiera cumplir su misión.

En realidad, Pablo era muy supersticioso, de los que nunca pasaban por debajo de una escalera, y su ánimo podía andar por los suelos muchos días cuando se rompía un espejo, o si un gato negro se cruzaba en su camino, o si veía una urraca o un cuervo sobre un árbol. Tenía fobia a escuchar en voz alta determinadas palabras y le gustaba tocar algunos

árboles cercanos al colegio, porque creía que le daban suerte. Ganar a los juegos se había convertido en una de sus principales aficiones, aunque Pablo no lo reconocía y lo llamaba simplemente “su momento de relax”, pues alegaba que con ello descargaba adrenalina. A veces molestaba mucho a Virginia, en la habitación de al lado, pues jugaba con altavoces y a ella el ruido le impedía leer, concentrarse y estudiar.

No había transcurrido ni media hora, cuando empezaron las discusiones habituales en el piso de arriba.

—Pablo, ¡quítale el sonido o ponte auriculares! —solicitaba Virginia—. Es que no puedo leer—. Y Pablo solía responder que los auriculares le daban mucho calor. O que, sin los avisos acústicos que le daba el programa, no podía jugar. Cuando el padre estaba cerca, le recordaba a Pablo lo importante que es respetar a los demás.

La verdad es que para Pablo resultaba incompatible jugar tantas horas seguidas, sentado en una silla, con su querida natación. Quería formar parte del equipo juvenil de su ciudad y para ello debía entrenar. Así que, tras eliminar muchísimas hidras y muy pocas gorgonas, se puso el short de baño y se tiró a la piscina. Además, el calor apretaba y quería estar fresquito para tomarse luego un jugo de naranja y pensar. Tenía que discurrir algo para defender mejor ante Virginia y sus padres su propuesta de ir a algún lugar de la costa. Allí, además de tener wifi, seguro que encontraría algunos amigos con los que poder pasear y comer helados, en horas tardías. Qué bien están esos paseos por la costanera o los amplios espacios de arena, donde poder jugar al tejo o al voleibol. Nada como la playa. ¿Una Vía Verde aislada del mundo? ¡Bah!, no había color, no se podía comparar.

De pronto, advirtió que alguien había estado trabajando en el jardín, a pesar del calor. Junto al manzano, la tierra había sido removida formando un montículo. Le extrañó muchísimo que, precisamente un día antes de irse, su madre se dedicara a plantar semillas que no podría regar en los días posteriores.

Al volver a su habitación, vio a su madre en la cocina charlando animadamente con la vecina, mientras Jorge estaba en el salón con Virginia. Allí estaban los dos muy sonrientes, charlando. Y como pensó que seguramente ella estaría ya defendiendo ir a la montaña, pensó hacer lo mismo con Amelia y convencer de lo suyo a mamá. Esta se le cruzó por el pasillo, antes de subir la escalera.

—Así que solamente tres aprobados en los exámenes que te faltaban, ¿eh?

—Matemáticas, Ciencias Naturales y Música, sabes que las Ciencias no es lo mío. Ya me contaste que a ti te pasaba lo mismo cuando tenías mi edad.

—Sí, destacaba en Letras, por eso me empeñaba más en estudiar matemáticas, para poder aprobar. Cuestión de dedicarle más tiempo y esfuerzo, y no rendirme. Lo mismo que tú cuando practicas natación. Y no me conformaba solo con aprobar, pues estudiar lo justo y necesario es mucho riesgo.

—Lo sé, procuraré esforzarme más, mamá, te lo prometo. Pero ahora te quiero pedir algo....

—Eso espero, confío en ti y en tu esfuerzo. Dime.

—Este verano quiero ir a la playa. Necesito nadar. A mi hermana se le ha ocurrido llevarnos a pedalear por una Vía Verde de esas, aislados del mundo, en medio del campo. Y me parece una locura. ¿Y si nos asalta un lobo perdido? ¿O nos quedamos sin agua y no hay casas cerca? ¿No es mejor la playa en otra ciudad? Habrá supermercados, farmacias, cines, terrazas, conciertos de música, museos, sitios donde se pueden distraer también papa y tú.... La playa es ocio y diversión, pero también seguridad, porque hay más gente. Seguro que en la montaña, o en una Vía Verde, no encontraremos a nadie más.

—Pero bueno, ¡qué exagerado eres! Ni que una Vía Verde fuera una isla desierta, hijo. Pero ya te he entendido. No hace falta que insistas tanto, Pablo, lo hablaré esta noche con papá. Pero no te prometo nada, porque la decisión será de los cuatro. Quiero que todos estemos de acuerdo y contentos con el lugar que vayamos a visitar. Seguro que lo conseguimos, siempre lo hemos hecho. Y más nos vale, pues si no acercamos posturas, lo mismo papá decide llevarnos al Polo Norte a pasar frío. O a los trópicos, demasiado calor. O a Australia, Vietnam, México, o la India...

—Nada está demasiado lejos para papá.

—Nada. Cuando haya vuelos interplanetarios con destino a Marte, seguro que también nos llevará, ja, ja, ja.

Muy pronto quedó claro que Jorge, el profesor de los destinos lejanos y remotos, tenía mucha prisa por iniciar las vacaciones. Ya lo había hablado con Amelia. Los chicos estaban creciendo mucho y muy deprisa. Pablo y Virginia ya eran casi tan altos como Amelia, y al padre le preocupaba mucho que completaran su educación. Esta no sólo consistía en aprender idiomas, matemáticas o lengua. También en casa debían enseñarles mucho: a comportarse y defenderse, a sentirse seguros y ser responsables, a adquirir autonomía, capacidad para tomar decisiones y relacionarse correctamente con los demás. Todo lo que hace falta en esta vida para salir adelante. Lo que no se aprende nunca de forma rápida y fácil, sino que necesita mucho tiempo, paciencia, apoyo y comprensión. Lo que solo unos padres te pueden enseñar.

Ya antes de cenar, el padre los convocó a todos en el salón. Lo primero que hizo fue preguntarles si habían decidido algo. Y, en vista de que los muchachos empezaron otra vez a discrepar, cortó la discusión en seco.

—Ya he decidido a dónde iremos. Seguro que les encantará.

—¿Brasil?

—¿Nueva Zelanda?

—¿Burkina Faso, quizá? —sugirió Amelia bromeando.

—En absoluto. Iremos quince días a la playa y otros quince a la montaña. Así que todos contentos. Y, ¿cómo?, se preguntarán. Pues eso es lo mejor de todo: he alquilado hace dos horas una casa rodante. Iremos de camping, de modo que si aquel que elijamos no nos gusta, podremos cambiarlo sobre la marcha. En este viaje también aprenderemos. Hasta ahora, hemos viajado lejos conociendo otras culturas. Ahora conoceremos mejor la propia y aprenderemos otras cosas, tan interesantes como útiles.

—Bien, bien, —exclamó Virginia, muy contenta.

—De acuerdo, yo no protestaré teniendo mis días de playa, lo prometo.

Más tarde, tomaron una ligera cena de ensalada y frutas, que transcurrió tranquila. En realidad, todos estaban un poco nerviosos y excitados. Al día siguiente habría que salir a comprar todo lo necesario y recoger la casa rodante. Sin verla todavía, cada uno tenía su propia idea de la misma. Jorge les había asegurado que era de cuatro plazas. Pero Amelia no se fiaba de su capacidad. Ni del calor. Pensaba que era conveniente llevar tiendas de campaña, así al menos podrían dormir con comodidad en los campings al aire libre.

Antes de dormir, fueron al patio. Los días de calor tenían la costumbre de estar allí todos un rato, bebiendo limonada y mirando las estrellas.

—Lo pasaremos muy bien, Amelia.

Ella reclinó su cabeza sobre el hombro de Jorge y replicó:

—Lo pasamos siempre bien estando juntos. Formamos un gran equipo, mi amor. Me siento muy orgullosa de nuestros chicos.

Estos se acercaron luego.

—Los queremos mucho, papis.

—Y nosotros, chicos.

Fue entonces cuando Pablo advirtió que el huerto presentaba el mismo aspecto de siempre. Que aquel montón de tierra removida que observó por la tarde, como si alguien hubiera estado excavando, ya no estaba. Le extrañó mucho, quiso preguntar por ello a su madre pero, justo en ese momento, Amelia manifestó estar muy cansada y se fue a dormir.

Disipado el calor, la primera noche de vacaciones transcurrió lenta y hermosa para los Manzanedo. Pese a los nervios, todos cayeron rendidos.

En el patio, comenzaron a cantar algunos grillos. Una noche plácida, si no fuera porque a las cuatro de la mañana, Pablo se despertó sobresaltado. Su ventana daba al jardín y le pareció escuchar un golpe fuerte, como si algo se hubiera caído. Al asomarse, se llevó un susto enorme al

ver la sombra de un hombre corriendo hacia la casa de Quiteria. Primero, comprobó que no estaba soñando, y luego decidió avisar a sus padres de inmediato. Aquello, se dijo, no podía ser efecto de alucinaciones, ni de estar jugando mucho a los videojuegos. Dándose prisa, golpeó la puerta del dormitorio principal.

—Papá, papá, ¡hay un intruso en nuestro jardín!

—Pero ¿qué dices, hijo?

—¡Que he visto correr a un hombre, e iba directo hacia la casa de Quiteria!

—Vamos a ver —dijo Jorge.

Salió a comprobar lo que Pablo le había contado y al rato regresó.

—Hijo... he despertado a la pobre mujer para nada. Dice que allí no ha entrado nadie. Debes de haber tenido una pesadilla. No le des mayor importancia y vámonos a dormir, que mañana nos espera un largo día.

Pablo obedeció a su padre, pero estaba convencido de lo que había visto. Aunque no se le ocurrió relacionarlo con el montículo de tierra descubierto por la tarde, algo que sí haría unas semanas después....

Al día siguiente, Virginia se levantó temprano, hacia las nueve, para descubrir que ya estaban en pie todos los miembros de la familia y el desayuno preparado. La ducha, afortunadamente, estaba libre. Cuando bajó, se encontró con que Jorge y Pablo no estaban, habían ido a recoger la casa rodante.

—Cuando vuelvan, iremos todos de compras —dijo Amelia—. Mientras, termina el desayuno y luego miraremos a ver qué ropa llevarnos. Recuerda que debe ser cómoda.

No había pasado ni media hora cuando el potente sonido de una bocina hizo que bajaran las escaleras. Pablo venía corriendo, exultante, contentísimo.

—¡No se pueden imaginar cómo es por dentro! Es como una casa, tiene de todo. Por favor, vengan a verla.

Y allá fueron. A la casa rodante no le faltaba de nada

— Bienvenidas a palacio, mis princesas —dijo Jorge tras abrir la puerta.

Virginia subió primero.

—¡Guauu, qué hermosa! ¡Hay de todo!

—Sí. Mientras conduzcamos, mamá y yo siempre iremos delante. Aquí están sus asientos, tras la mesa, por supuesto con sus cinturones de seguridad. Pueden leer, ver la televisión que está al lado o jugar a lo que quieran sobre ella. Luego está la cocina. No tenemos que llevarnos nada de casa, salvo las provisiones que calculemos. Los alimentos frescos los compraremos por el camino. Aquí tenemos cuatro literas y cuatro estantes, para la ropa. Y al fondo, tras esta puerta, está el cuarto de baño. Y cerrando la puerta, justo al lado tenemos una lavadora-secadora.

Tendremos que repostar siempre en campings o en estaciones de servicio. Allí nos abasteceremos de gasolina, agua y electricidad, para cargar los celulares, la tablet y las cámaras de fotos. Ah, y me falta enseñarles el enorme maletero. ¿Ven?, cabe de todo. Guardaremos toda la ropa que queramos para un mes. Llevaremos latas de pescado, fruta o legumbres en cajas. También una tienda de campaña por si queremos dormir al aire libre. Unas sillas de playa, una pequeña parrilla para el camping, un...

¿Y qué más?, ¿se me olvida algo?

—A mí —exclamó de repente doña Quiteria, sin que nadie supiera de dónde había salido la vecina.

—Pues sí, la he invitado yo —les explicó Amelia—. Resulta que en el primer camping donde pararemos están su hijo y sus nietas, y estaremos todos encantados de poder llevarla, ¿verdad, familia?

—Por supuesto —aseguró Jorge—, la llevaremos con nosotros. Faltaría más.

—No saben cuánto les agradezco. Voy a casa a preparar la maleta y a sacar una tarta del horno que les he preparado. ¡Algo tendremos que llevar mañana para el camino!

Cuando Quiteria se fue, Jorge indicó a la familia que deberían tomar el auto y acercarse al supermercado a comprar provisiones y todo aquello que les hiciera falta. De este modo, podrían salir al día siguiente.

Todos fueron hacia el garaje. Hacía calor y, como desde el hogar de los Manzanedo hasta el centro comercial apenas había distancia, Pablo le pidió a su padre ocupar el asiento delantero.

—No, Pablo, si vas detrás, la posibilidad de sufrir lesiones en caso de accidente es considerablemente menor

Jorge arrancó y encendió el aire acondicionado. Virginia aprovechó, como era habitual, para hacer otra pregunta, tras sentarse Pablo a su lado.

—Entonces, papá, ¿cuál es el asiento más seguro de un auto?

—Llevando cinturón puesto, todos son mucho más seguros. Ajustense también el apoyacabezas, es fundamental. Si está bajo, deben subirlo hasta que la nuca apoye sobre él, pues los protege en caso de frenazo brusco. ¿Ajustado? ¿Ya se han abrochado el cinturón?

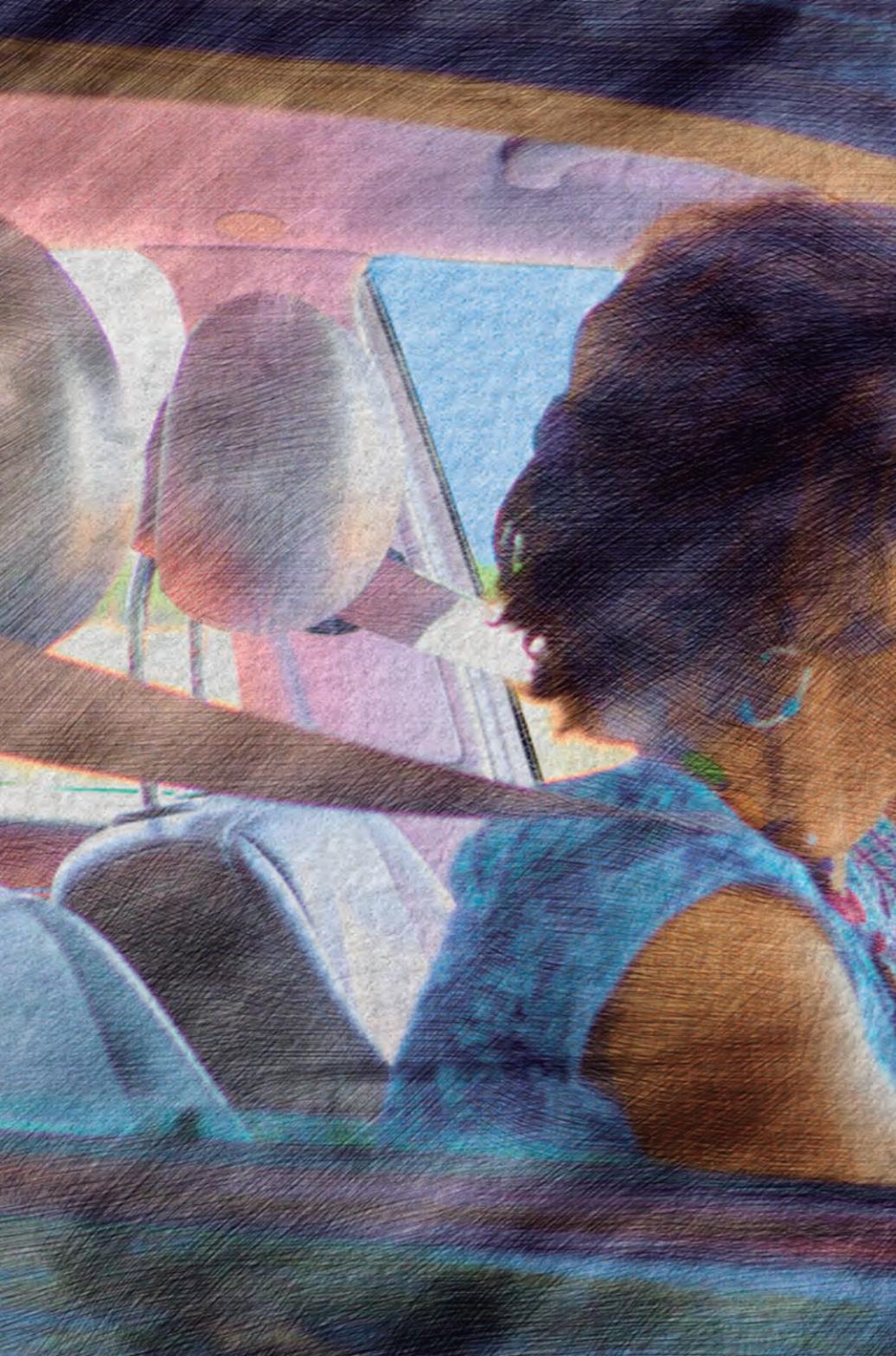
—Sí, papá. Pero no has contestado a mi pregunta. Te preguntaba cuál era el asiento más seguro de un coche.

—El asiento trasero central, justo donde estás sentada, Virginia. Vamos, a ver si no se nos hace muy tarde.

—Espero que no —indicó Amelia—. Llevo dos listas en el bolso con todo lo que nos hará falta y, cuando lleguemos, nos dividiremos. Nosotras nos encargaremos de la ropa y de la comida. Ustedes del resto.

Pero tardaron tres horas, como era de prever. Una cámara de fotos nueva, una gran caja de herramientas y comprobar que los pequeños botiquines de primeros auxilios llevaban todo lo necesario, les llevó tiempo. Cansados de ir de un lado para otro, comieron antes de volver refrescos y sándwiches.

Fue tras regresar del Centro Comercial, por la ruta que les dejaba en casa, cuando lo imprevisible salió al encuentro de los Manzanedo. Jorge dio un frenazo brusco que sobresaltó a toda la familia. En especial a Pablo, que estaba chateando a escondidas. Se le escapó el celular de las manos, y fue a parar al suelo.





—¡Ay!... ¿Qué ha pasado?, ¿por qué paramos? —exclamó Amelia.

Pero el padre no contestó y, de inmediato, condujo el vehículo hacia la banquina. Una vez estacionado allí, Jorge salió del auto y miró alrededor. Luego se dirigió a la parte de atrás del auto para sacar los triángulos baliza, que guardaba en el maletero.

—Amelia, Virginia, Pablo, salgan con cuidado, por este lado de la banquina, y ayudenme. Mientras pongo los triángulos, por favor, observen la carretera y sobre todo, aquellos árboles de enfrente. A ver si pueden descubrir qué ha sido la sombra que, al cruzar, me ha asustado. Si ven algo, me avisan. No crucen la carretera mientras tanto.

No tardaron mucho en descubrirlo.

—Ya lo he visto. Allí, tras ese álamo aislado —señaló Virginia de inmediato—. Parece un animal pequeño, le he visto moverse, justo detrás del árbol.

—Voy yo a agarrarlo —determinó Jorge—. Quédense aquí.

Cruzó y le vieron buscar, sin encontrar nada. Más tarde se agachó, lanzó un par de silbidos, y luego extendió el brazo. Había atrapado algo. Lo vieron venir con una pequeña bola peluda entre las manos.

—¡Es un cachorrito de perro muy pequeño! —dijo—. Aquí está. Mira cómo me lame la mano, como si supiera que le he salvado.

—¿Me lo dejas solo un rato? —dijo Virginia con ternura—. El pobre debe de estar muy asustado. Está gimoteando.

—Claro. Además, yo tengo que conducir. Pero a ver qué hacemos luego con el perro. No tenemos nada para él en casa y mañana sin falta tenemos que marcharnos.

—Haremos todo lo que podamos —aseguró Amelia—. Lo que tengo claro es que aquí solito, y a expensas de que le atropelle otro coche, no vamos a dejarlo. De ningún modo.

—¡Esta es mi madre! —proclamó Pablo orgulloso, tras guardar el celular—. De todos modos, yo creo que lo primero que debemos hacer es

acercarnos a la policía local más cercana, para contarles que lo hemos encontrado y preguntarles si alguien ha denunciado su pérdida.

—Así haremos, tenemos que dar la vuelta —dijo Jorge.

—¿Y si no es de nadie? ¿Y si lo han abandonado? —comentó Virginia—. Podría ser, acaba de empezar el verano y muchas personas que, al igual que nosotros, se van de vacaciones no quieren llevar a sus mascotas consigo. Las dejan abandonadas. Mira, el pobre sigue gimoteando.

—Será mejor que antes nos llesves a casa, Jorge —sugirió Amelia—. No sabemos el tiempo que lleva sin comer o beber. Debemos atenderle primero. Luego daremos aviso de que lo hemos encontrado. Pablo, ¿puedes hacerle una buena foto con el celular? Habrá que dejarla allí para que sus dueños, si van a preguntar a comisaría, puedan localizarlo.

—Hecho.

Lo que reflejaba la fotografía era una carita muy asustada, envuelta en abundante pelo negro. Con su cabeza pequeña y orejas cortas y triangulares, siempre derechas, parecía un pequeño zorro muy espabilado. Pero su cola era corta y no manifestaba temor a los humanos. Más bien, parecía estar a gusto con ellos. Por lo demás, estaba bastante limpio pese al abundante pelaje. Parecía haberse perdido hacía poco y haber estado muy bien cuidado, pensaron.

Al llegar a casa, Amelia fue a buscar unas cajas de cartón

—¡Esta es perfecta!, tengo una colcha vieja para cubrir el fondo que le servirá de cama. Y voy a ponerle agua en este cuenco.

Un gran acierto, porque el animalito bebió con muchísima ansia. Pero Jorge estaba preocupado porque los niños le tomaran cariño pudiendo tener dueño. Poco a poco, empezó a revisarle la piel, buscando bajo el pelaje, por si pudiera llevar algún microchip. Pero no lo encontró. Pensó que, tal vez, se tratara de un cachorro de pocos días, uno al que todavía nadie había llevado al veterinario. Por ello determinó que, después de acudir a la policía, iría a la clínica veterinaria más cercana. Era necesario que estuviera identificado y descartar que pudiera tener enfermedades. Virginia se ofreció de inmediato a acompañarle, ya que Pablo había desaparecido escaleras arriba. Todos sabían que había ido

a seguir con su videojuego, o a chatear con sus amigos para contarles el hallazgo.

—¡Pablo, tu celular, necesitamos dejar la foto que hemos tomado en comisaría!

—Un minuto, por favor, ahora se la imprimo.

Tardó un poquito, pero allí estaba la foto. Mientras, Amelia había dado al perrito un poco de leche. Insistió en que preguntaran al veterinario qué podía comer un animal tan pequeño como ese.

Una vez en la Comisaría, los agentes les informaron de que en los últimos días nadie había puesto denuncia alguna por la desaparición de un perro. El agente, que les atendió con amabilidad, se quedó con la foto.

Luego fueron a la clínica veterinaria. Cuando llegó su turno, nada más fijarse en el perrito el veterinario expresó su alborozo: ¡Un shipperke, qué alegría! Es la primera vez que atiendo a uno. Se trata de un cachorro muy especial y parece estar sano, ahora mismo lo examino. Los shipperke provienen de Bélgica, allí son muy populares y no aumentará mucho de tamaño, estos perros no crecen demasiado. Lo vamos a poner en esta camilla y le daremos la vuelta... A ver. Sí, la temperatura es correcta, la dentadura sana, los huesos están bien. No tiene microchip. Tampoco le han puesto vacunas y calculo que tiene dos semanas. A partir de la cuarta, recuerden que hay que ponérselas. Si vienen mañana le podemos poner el microchip identificativo.

Tras decir eso, llegó para Virginia el momento temido.

—No podemos venir mañana, nos vamos de viaje —explicó Jorge—. En realidad, no es nuestro. Hace unas horas lo encontramos en la carretera, perdido. Hemos alertado a la policía de que lo tenemos, pero nadie ha denunciado su extravío. ¿Dónde podemos dejarlo, quién puede hacerse cargo?

—Pero papá, papá, es tan pequeño y está tan solo... ¿no podríamos llevárnoslo con nosotros? Seguro que cabe en la casa rodante. Yo me haría cargo de todo, de todo. Te lo prometo. Le daré de comer, lo sacaré a pasear, lo asearé...

—Virginia, ten en cuenta que ser dueño de un animal supone una gran responsabilidad. No puedes tomarle cariño, y hacer que él nos lo tenga a nosotros, para después despreocuparte y no atenderle como es debido. Y, ¿qué haremos con él cuando empiecen las clases de nuevo? Mamá y yo tenemos que trabajar y ustedes ir al Instituto. No se puede quedar tanto tiempo solo. ¿Con quién vamos a dejarlo entonces? ¿No entiendes que quedárnoslo es una locura?

Y Jorge hubiera seguido y seguido... De hecho, pensaba que ya era una temeridad llevárselo a esas vacaciones que con tanto celo había planificado. Porque alteraba todos los planes y porque sería una catástrofe cualquier percance que pudiera poner en peligro al animalito. Necesitaba comida especial, vacunas, vigilancia para que no se escapara... ¡Ni siquiera tenían una correa! No sabían cómo amaestrarlo, ni cuidarlo. Pero, de pronto, se percató de los grandes lagrimones que corrían por la cara de Virginia, y no soportaba verla llorar.

Por eso, cuando salieron de la clínica veterinaria no sólo llevaban al perro, identificado con el microchip, en brazos de Virginia, sino que Jorge, además, cargaba con todo lo necesario para su cuidado.

—Bien, por fin salimos. Ya lo tienes listo, mírale que contento... Y nosotros, cansados y hambrientos. Vamos para casa. Y no olvides nunca que si aparecieran sus dueños, se lo tendríamos que entregar. No es nuestro.

—Pero tendrán que demostrar que son sus amos primero, ¿no? Y luego, darnos una buena explicación de por qué lo encontramos perdido en la carretera, ¿verdad?

El hambre de Jorge duró poco porque, al llegar, Amelia, Pablo y Quiteria ya estaban esperándoles, con la mesa puesta. Todos comieron con ganas, porque habían gastado muchas energías. Pablo en especial, tras jugar dos horas seguidas a los videojuegos.

—¿Qué, has matado a muchas hidras, hijo? —le preguntó Jorge con sarcasmo—. Lo digo porque todavía tenemos que cargar las bicicletas y colocarlas en el portabicis, con su correspondiente señalización; subir





todas las cajas de alimentos, colocar la ropa en los armarios, buscar un espacio para el... pichicho.

—No lo llames pichicho, papá. El pobre merece un nombre. Míralo, qué callado está, no hace apenas ruido, siempre pensativo...

—Parece un filósofo —dijo Pablo.

—Como Sócrates —añadió Amelia—. Ea, ya tienen un nombre para el perro.

—¿Sócrates? ¿Con lo pequeñito que es?,

—El verdadero Sócrates también era muy bajito. Como yo, sin ir más lejos, que ya me ganan en altura, chicos. Bueno, vamos a ver si le gusta, a ver... ¡Sócrates!

El perro alzó la cabeza y miró a Amelia fijamente. Con sus orejas más puntiagudas que nunca.

—Mira, Sócrates, mira qué hueso de mentira más bonito tengo para ti. ¿Lo quieres?

—¡Guau, guau!

—Respuesta correcta. Pues definitivo, de ahora en adelante, se llamará Sócrates. Virginia, encárgate tú de prepararle esa cama tan cómoda que le compraron. Pongan la colcha vieja debajo. Y todo lo que hemos traído para Sócrates, a la casa rodante. Vamos, que antes de salir aún nos queda mucho trabajo por hacer.

Acabaron en media hora. A todos los miembros de la familia Manzanedo les resultaba estupendo trabajar en equipo. Sabían que, poniendo todos la misma atención y esfuerzo, terminaban mucho antes cualquier tarea que emprendieran. A la mañana siguiente, se levantaron temprano y se prepararon para salir.

En tres horas y media, aproximadamente, alcanzarían ese primer camping que querían visitar, donde conocerían a la familia de Quitaría. Se encontraba en un paraje precioso, situado a las afueras de la ciudad más próxima. Tras aquellos pinos, y a solo doscientos metros, podían visitar unas ruinas romanas, unas cuevas prehistóricas y, más al fondo, una de las más limpias, grandes y hermosas playas de Europa.

CAPÍTULO II: PLAYA

A Sócrates le dieron de beber, pero no de comer, en las horas previas a la salida. Sabían que era lo mejor para él, sometido durante el día al traqueteo del viaje. Ahora habría que vigilarlo muy de cerca. Lo acababan de encontrar, llevaba poco tiempo con ellos y podría escaparse de noche. A las dos horas de emprender el camino, decidieron parar en una estación de servicio y estirar las piernas. Jorge y Amelia intercambiaron sus asientos. Conducían con mayor atención y mucho más tranquilos, alternándose al volante.

Cuando llegaron al camping, faltaban aún unas horas para que anocheciera. Decidieron aparcar su casa rodante algo apartados del pinar donde se concentraba la mayoría de veraneantes. El paisaje era espléndido una vez dejaban atrás los pinos. A la derecha, sobre un cerro, se encontraban los restos de lo que había sido una ciudad romana. Tres columnas corintias que se mantenían en pie indicaban donde había estado el Templo, el resto parecían haber sido domus o casas. También quedaban restos de la antigua calzada. Unas marcas de rodadura, situadas a los lados, servían para señalar por dónde corría el agua. Pero otras, más al centro, marcaban la ruta por donde debieron de haber circulado carros. Era increíble comprobar cómo los romanos también se habían preocupado mucho por el tráfico de entonces. Que, tantos siglos atrás, ya se respetaran conductores y peatones les parecía importante.

Y, más al fondo, la playa. Una playa con muchos metros de arenas limpias y doradas. Perfectas para jugar al tejo o al voleibol. Aquel paraje les pareció un lugar maravilloso. Así que dieron las gracias a Quitaría por habérselo recomendado. Ella se despidió feliz y presurosa, dirigiéndose al pinar donde seguro estarían ya esperándola.

La familia decidió ir a bañarse antes de que el sol se fuera. Mientras, Virginia se ofreció a quedarse con Sócrates en el pinar. Todos se apresuraron para cambiarse de ropa y ponerse la ropa de baño. Pero, al salir Pablo, Sócrates empezó a ladrar. Había pasado todo el viaje metido en un pequeño cajón, en el suelo de la casa rodante, justo entre los asientos de Pablo y Virginia. Iba bien sujeto y muy seguro, pero no estaba acostumbrado. Durante las paradas, había sido Pablo el encargado de sacarlo y parecía haberle tomado cariño.

—Bueno, Virginia, ve tú con papá y mamá, yo me quedo con Sócrates, no me importa. Así podré chatear con mis amigos.

—Desde luego, ¡qué vicio tienes! No sé si fiarme. Ten mucho cuidado de que no se te escape, por favor. Aún no nos conoce bien y puede que esté asustado.

—No te preocupes, lo tengo muy bien agarrado. No podrá ir muy lejos, ¿verdad, Sócrates? —dijo Pablo.

Cuando se fueron, el animalito empezó a ladrar, a gimotear y a llamar su atención de forma constante. Intentaba por todos los medios que Pablo le hiciera caso. No paraba. Hasta que al final, cansado, Pablo se olvidó del celular. Primero intentó darle de beber, pero Sócrates no tenía sed. Tampoco tenía hambre. El cachorro, al fin y al cabo, solo quería lo mismo que Pablo: jugar.

Cuando Pablo se cansó de distraer al cachorro, volvió a su celular y sus mensajes. Tan distraído estaba que no se percató de que Sócrates se había escapado.

—¡Sócrates, Sócrates!, ¿dónde te has metido?, ¡ven, por favor!, ¿por qué me haces esto, perrito? —se lamentó Pablo.

Pasada media hora, la familia volvió de su baño. Regresaban los tres de buen humor y con hambre. Virginia se había adelantado con muchas ganas de jugar con el perro, pero se extrañó al encontrar la casa rodante en total silencio. Pablo y Sócrates no estaban. Por más que miró, no vio a ninguno de los dos. Alarmada, avisó a Jorge y a Amelia.

—Calma, Pablo va siempre con su celular encima. No falla. Le llamaremos.

Pero el celular no respondió, y Jorge salió en su búsqueda.

—La verdad es que no sé por dónde empezar. Andaré en círculos. Virginia, lo mejor será que mamá y tú se queden, por si Pablo regresa con el perro. No se muevan de aquí.

Pablo seguía sin aparecer, no así Sócrates, que hizo una entrada triunfal en brazos de una niña morena con trenzas, muy guapa, igual de alta que Virginia y de edad parecida.

—Hola, ¿este perrito es de ustedes?

—Sí, es nuestro, se llama Sócrates, ¿dónde lo has encontrado?

—Tras los pinos, en la arena. Estaba escarbando, parecía buscar algo. Es muy bueno, se ha portado muy bien. He estado preguntando a otras familias, a ver si encontraba a sus dueños, y aquí están, menos mal. Nosotros tenemos una perra mucho más grande, ya adulta, se llama Dona y han estado jugando juntos. Bueno, aquí lo tienen, tengo que volver con mi familia.

—Perdona, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Irene, Irene Guzmán. Aunque todos me conocen como Irene Dos Ruedas. Es un chiste de mi padre. Por lo visto, nací tan solo un cuarto de hora después de que mi madre se pusiera de parto. Salí como disparada a la vida. Un año y medio después, aprendí a montar en bicicleta y a patinar, antes que a leer. ¡Siempre sobre dos ruedas! Y tú, ¿cómo te llamas? ¿Cuántos años tienes?

—Me llamo Virginia y tengo catorce años, pero dentro de un mes cumpla los quince —contestó Virginia.

—A mí me quedan días para cumplirlos. Estoy deseando que llegue mi cumpleaños. Este año será muy especial.

—Muchísimas gracias por buscarnos y traernos a nuestro perrito. No sé cómo agradeceréte. ¿Quieres quedarte a cenar con nosotros? —le ofreció amablemente Amelia.

—Sí, por favor, quédate, me encantaría hacer una amiga en mis vacaciones —dijo Virginia—. Y la próxima vez trae a tu perra Dona, para que la conozcamos. Seguro que sabes muchísimo más que nosotros sobre perros. Nosotros lo acabamos de adoptar y aún no sabemos mucho sobre ellos.

Entretanto apareció Pablo. Parecía muy cansado y preocupado, su rostro estaba pálido.

—He perdido a Sócrates, perdón, lo siento. Por más que he buscado, no he podido encontrarlo.

Se extrañó al ver a Virginia con una desconocida, además parecía muy tranquila. No podía saber que Sócrates ya estaba allí, porque Amelia lo había metido en la casa rodante para darle de beber.

—¿Me oyes, Virginia? He perdido a Sócrates.

—No te preocupes, Pablo —le dijo su hermana—, esta es Irene, también veranea en este camping. Y tranquilo, ha traído a nuestro perro.

A Pablo se le iluminó la cara cuando vio a Irene por primera vez.

—Uf, ¡menos mal! Yo soy Pablo, encantado de conocerte. No sé cómo agradeceréte, fui yo quien lo perdí. Me has quitado un peso de encima.

—¿Eres hermano o primo de Virginia?

—Somos mellizos.

—¡Ah! Ya decía yo que parecían de la misma edad. Bueno, perdonen pero me tengo que ir. Estoy tardando mucho. No acepto vuestra invitación a cenar, porque soy yo la que quiero invitarles. Dentro de dos horas, cuando anochezca, todos los que acampamos haremos una parrillada colectiva. Nos lo pasaremos muy bien. Tenemos música, juegos, bailes... Vengan, animense. Tengo que irme, ¡nos vemos!



Pablo subió a la casa rodante con cara apenada, pidiendo perdón por haber perdido al perro.

—Lo siento, papá. He fallado. Pero no volverá a ocurrir, lo prometo. Simplemente estaba jugando con él y me despisté.

—Pablo, espero que no vuelva a ocurrir. Esta noche te toca a ti cuidar que no se escape de nuevo.

Amelia entró al momento.

—Bueno, voy a buscar entre los alimentos que hemos traído, a ver qué podemos llevar a esa cena colectiva a la que nos han invitado. Tengo mucho interés en conocer a la familia de Quiteria, porque no han ido nunca a visitarla en todo el tiempo que lleva viviendo al lado de casa. También creo que debemos portarnos como buenos vecinos y dar las gracias a los padres de Irene. Bien, llevaremos costillas de cerdo, pan, papas fritas... Necesitamos también algo de beber. Pablo, ¿te parece bien llevarles esa caja de refrescos?, ¿me ayudas con ella?

Pablo estaba encantado. Mamá se había dado cuenta enseguida de lo mucho que le había gustado Irene. A Virginia también le pareció estupenda la idea de la parrillada colectiva. Ató a Sócrates y dijo que ahora sería ella la que se encargaría del cachorro.

Pronto llegaron a la zona de pinares. Irene se apresuró hacia ellos.

—¡Qué bien que han venido! —dijo—. Hoy estamos de celebración, porque mi abuela está con nosotros. ¡Qué ganas tenía de verla!

—¿Tu abuela?

—¿Amelia, eres tú? Pero, mujer, ¡qué haces!, ¿cómo vienes tan cargada?

—dijo Quiteria.

—Oh, qué casualidad. ¡No me lo puedo creer! Acabamos de conocer a tu nieta.

—Mi nieta mayor. Ahora les enseñaré a la otra, también anda por aquí. Mira, ahí viene.

Y, de inmediato, apareció Blanca, llevando de la correa a una preciosa golden retriever, a la que llamaban Dona.

—Oh, qué niña más bonita, ¿son hermanas, Irene?

—No, somos primas —dijo Irene—. Y esa preciosidad que viene con ella pertenece a su padre, mi tío Antonio. Es perra policía, muy inteligente, dócil y buena. Cuida muy bien de Blanca, que es muy traviesa. De hecho, todos confiamos mucho más en la perra que en ella, ja, ja, ja.

—¡Y que lo digas! —dijo Antonio—. Bienvenidos y encantado de conocerles. Esta es mi esposa, se llama Rosa.

Pronto comprobaron que los animales jugaban entre sí, y se llevaban estupendamente.

—Oh, qué linda perrita. ¡Y como juega con Sócrates! — dijo Virginia—. Ya le he contado a Irene que nuestra mascota solo lleva un día con nosotros, lo encontramos abandonado en la carretera, ¿me enseñan a cuidarlo?

—Yo misma puedo ayudarte —intervino Rosa—. Verás, cuando lo veas caminar en círculos o se ponga a gemir ante la puerta, es que tienes que sacarlo. Cuando se despiertan, será lo primero que deben hacer.

En casa quien menos se ocupa de Dona es Irene, pues se queda leyendo hasta muy tarde y luego no hay quien la levante.

Todos sonrieron ante la observación, pero en especial Virginia, que ya no se sentía rara, al haber descubierto a otra lectora como ella. Por eso, se adelantó a Pablo a la hora de pedirle a Irene que les enseñara el camping.

—Primero vamos a comer algo, Virginia, ¡que tengo un hambre...!

—Yo también me muero de hambre —dijo Pablo, muy enfático y encantado de poder hablar con Irene.

En la mesa larga de los excursionistas había de todo: ensaladas, papas fritas, fiambres, carnes asadas, chorizos, tortillas de papas, pollo asado y empanadas de atún. Y en el extremo de la misma se encontraba una pila de platos de plástico para que cada uno se sirviera a su gusto. Mientras Irene llenó su plato con generosidad agarrando un poco de todo, Pablo se limitó a tomar solamente algo de pollo y ensalada.

—¿No decías que estabas muerto de hambre? Pues no lo parece, la verdad, comentó Irene.

—Bueno, es que mi madre nos tiene acostumbrados a cenar más bien poco. Dice que es mucho más sano. Y, bueno, tengo hambre, pero he pensado que será mejor no abusar para poder dormir esta noche. Seguramente extrañemos la cama.

Mientras, Virginia, que estaba junto a ellos, callaba. En realidad, estaba muy extrañada de la locuacidad inesperada de Pablo, que parecía hablar demasiado con Irene. Normalmente era tímido, charlaba muy poco y estaba siempre pendiente del celular. Junto a Irene, parecía como si el celular no existiera o se le hubiera olvidado. Eso la alegró, pero intervino, pues no quería que la dejaran de lado.

—Bueno, Irene, yo también leo mucho, como tú. ¿Qué estás leyendo tú ahora?

—El libro que todos los mayores me han recomendado. Dicen que es perfecto para nuestra edad. La verdad es que me parece muy entretenido. Un clásico de piratas: “La isla del tesoro”.

—¡Guauuu! —exclamó Pablo.

Virginia había visto la película, y se acordaba de su canción. Así que cantó: Ron, ron, ron, ¡la botella de ron!

—Esto es una playa. Aquí también desembarcaron piratas y bucaneros —dijo Pablo—. ¿Se imaginan si aquí, tal vez entre los árboles, hubiera escondido algún tesoro? En eso pensaba cuando buscaba a Sócrates.

Entonces Virginia, muy alarmada, gritó:

—¡Sócrates!, ¿dónde está Sócrates? Lo tenía a mi lado hace un momento...

Se había despistado y le había pasado lo mismo que a su hermano. Soltó la correa cuando estaban ante la mesa de la cena y Sócrates se escapó. Pensó que le había estropeado la cena a todo el mundo. Ahora tendrían que salir a buscarlo.

—¡Sócrates, Sócrates!

Pero fue Dona quien les respondió con un ladrido. Un ladrido feliz, porque Sócrates se encontraba justo a su lado.

—Uf, menos mal. Ven aquí, perrito, prometo no despistarme y no dejarte solo. Ay...

—Oye, Virginia. Estos dos se llevan demasiado bien, ¿dónde lo han encontrado?

—Perdido en la carretera que va del centro comercial a nuestra casa, en las afueras de la ciudad. Lo habían abandonado.

—O puede que se les haya escapado —indicó Irene—, cuenta con esa posibilidad. ¿No sabías que de aquí a la ciudad hay una escuela de perros policía? Es donde entrenaron a Dona y me ha extrañado mucho ver a Sócrates, con lo pequeño que es, escarbando igual de bien que ella.

—Pues podría ser. Pero, ¿no debería llevar un perro policía algún collar, microchip o algo que lo identificara?

—Desde luego, pero puede ser que perteneciera a una camada y no lo tuvieran bien controlado. En todo caso, mañana que se venga de excursión con nosotros. ¿Quedamos? He escuchado muchas historias sobre una cueva cercana, ¿me acompañan a investigar?, a lo mejor encontramos un tesoro pirata, ja, ja, ja.

Jorge y Amelia, que acababan de despedirse de los tíos de Irene, les llamaron. Ya era hora de volver a la casa rodante, acostarse todos y procurar dormir. El día había sido muy largo, con Sócrates como protagonista máximo, y estaban muy cansados.

Pero Pablo quería seguir hablando y paseando con Irene. El tiempo junto a ella no pasaba, sino que corría, y quería aprovecharlo. Menos mal que Virginia se les unió.

—Por favor, papá, déjanos charlar un ratito más.

—Bueno, nosotros nos vamos con el perro. Pero no tarden demasiado. Mañana estaremos aquí todo el día, tendrán tiempo de sobra para hacer todo lo que se les ocurra.

Volvieron muy contentos, gracias a los misteriosos planes que habían trazado con Irene para el día siguiente. Ella quería explorar aquella cueva a fondo. Por lo visto, circulaban demasiadas leyendas sobre apariciones fantasmales e incluso niños desaparecidos en ella. Historias demasiado truculentas como para que no encerraran algún misterio oscuro. No querían que nadie se acercara a ella. Pero a Irene Dos Ruedas, les dijo, nadie podría asustarla con cuentos de viejas.

Cuando amaneció, el cielo estaba oscuro, amenazando lluvia. Y para colmo, al acercarse a la playa, observaron que el oleaje ese día era muy intenso, con lo cual resultaría fatigoso y peligroso ponerse a nadar. Jorge y Amelia decidieron que sería mejor acercarse a la ciudad para comprar provisiones, pero sus hijos insistieron en quedarse allí.

—¿Les importaría ir ustedes solos? No hay de qué preocuparse, nosotros podemos quedarnos con la familia de Irene.

—Los acabamos de conocer, y no me fío un pelo de ustedes. Me da pena pedirles tan pronto el favor de que los vigilen. Tendrán cosas que hacer, como nosotros, y quizá no les vendrá bien estar pendientes de invitados. ¿Se portan bien?, ¿Se quedan allí con ellos?, ¿no se van a alejar?

—Sí, prometido —les aseguró Virginia—, y además nos quedaremos con Sócrates. Sería muy incómodo que vayan a comprar teniendo que estar pendientes del perro.

El caso es que Amelia no estaba muy convencida, pero Jorge aceptó de inmediato acercarse a la casa rodante de Antonio y Rosa. Les llevaría unas donas y les preguntaría no solo si les importaba vigilar a los chicos, sino también cómo poder acercarse a la ciudad sin necesidad de entrar en ella con la casa rodante. Por su gran tamaño, sería un auténtico engorro introducirla por calles estrechas, y no digamos nada de encontrar estacionamiento.

Antonio accedió encantado a quedarse con ellos, y les señaló una parada cercana de un ómnibus municipal que les dejaría en el mismo centro de la ciudad.

Así que, tras marcharse Jorge y Amelia al ómnibus, el grupo formado por los tres muchachos y los dos perros marcharon hacia la cueva. Esta, que antaño fue muy visitada por su interés turístico, se encontraba ahora muy abandonada, algo que extrañó mucho a los chicos nada más entrar en ella. Era espectacular, llena de estalactitas y estalagmitas de tal belleza que dejaban sin aliento al visitante. Tras contemplar atónitos el salón de entrada, continuaron por un pequeño sendero de piedra que conducía hasta un lugar gótico, con increíbles juegos de luces. El ruido del agua al sonar contra las estalactitas recordaba a las campanas. Una columna en el centro y una especie de dosel en el extremo opuesto completaban aquella maravilla de la naturaleza. Pero mientras los Manzanedo disfrutaban extasiados, mirándolo todo, Irene y los perros parecían no querer distraerse, fijando atentos la vista en el suelo. Y, de vez en cuando, Irene palpaba las paredes, como buscando alguna abertura, palanca o puerta.

Tras dejar una estancia elevadísima, escucharon un ruido muy poco natural, como si estuvieran arrastrando cajas. Los sonidos eran cada vez más potentes y cercanos.

—¡Rápido, creo que se acercan, tenemos que irnos! Pablo, agarra al perro en brazos, ¡huyamos! —alertó Irene.

Salieron lo más aprisa que pudieron, siguiendo las recomendaciones de Irene, que les enseñó -victoriosa- un papel que había encontrado en el suelo, en el que figuraba una dirección.

—¡Pablo, me ha dicho Virginia que te has traído la tablet!, ¿podrías mirarme luego dónde se encuentra esto?

—Con mucho gusto, en cuanto llegemos al campamento te lo buscaré. Pero, ¿por qué hemos salido corriendo? ¿Qué crees tú que está pasando?

—sinverguenzas —aseguró Irene—. Si han contado historias extrañas para espantar a los visitantes, pueden estar cometiendo algún delito. Deja que informe a mi tío y a mi padre.

—¿A tu padre?

—Ya te contaré con detalle, Pablo. Ahora no puedo.

—Como prefieras, Irene. En cualquier caso, esta tarde te localizo esa dirección.

Tras almorzar, no le llevó mucho tiempo descubrir dónde se encontraba la dirección misteriosa: calle del Trocadero, 47. Justo en un barrio apartado de la ciudad, situado en las afueras, junto al muelle. Una zona ocupada en su mayoría por almacenes y garajes, denominada Zona Alfa. Irene propuso a Pablo y Virginia que, para averiguar qué ocurría, pidieran a sus padres que les dejaran ir al día siguiente. Esta vez, no podrían ir con los perros ya que necesitarían tomar el ómnibus. Tras mucho pensar, a Irene se le ocurrió una idea magnífica.

—Como sigue nublado, ¿qué les parece si contamos que mañana nos gustaría andar en monopatín? Veamos: en el camping no se puede, porque no hay terreno adecuado. Y como en carretera es peligroso, solo nos queda la ciudad. Excusa perfecta. No se preocupen, porque en mi familia nadie se extrañará: soy campeona de skateboard, practico desde pequeña. Contaré que, como el tiempo sigue malo, nos vamos a andar en patín. Tengo algunos en el camping, puedo enseñarles. Así podremos asomarnos a ese lugar, fisgonear lo justo para saber qué está ocurriendo y escapar luego rápidamente, ¿qué les parece?

—Perfecto. Por mí encantado —dijo Pablo con entusiasmo.

—Pero será mejor que pasemos toda la tarde con nuestros padres —indicó Virginia—. Desde que llegamos no paramos de salir contigo y no deben sospechar. Si supieran que estamos llevando a cabo una investigación secreta, no nos dejarían, estoy segura.

Como al día siguiente volvió a amanecer nublado, y ante la imposibilidad de ir a la playa, les dejaron ir a jugar con Irene. “Una chica muy simpática e inteligente”, pensaban. —Y es muy bueno que conozcan a otros chicos de su edad y hagan amistades —señaló Amelia a Jorge—. Sobre todo por Pablo, prefiero que tenga amigos a verle toda la tarde callado y encerrado, jugando con la tablet.

Tras el desayuno, tomaron los tres el ómnibus, ataviados con pantalón corto, coderas y rodilleras. Irene se había encargado de encontrar cascos

y patines para todos. Justo a la entrada de la ciudad, y no muy lejos de la Zona Alfa, se encontraba una pista especialmente diseñada para el monopatín, en la que practicaban los mejores de la ciudad, algunos de ellos campeones nacionales. Así que, antes de ir a ver qué había en aquel extraño domicilio, Irene sugirió que podían ir a mirar y practicar un poco. Si alguien los descubría fisgoneando y tuvieran que salir de allí corriendo, mejor sobre un patín, -aseguró Virginia-, escaparían más rápidamente.

—Como no estoy segura de cómo se van a manejar con esto, les traje patines de tres ruedas plegables, más seguridad y menor probabilidad de caerse. Miren que el diámetro de las ruedas es grande, así pueden andar mucho más cómodos. La primera regla es no subirse a nada con dos ruedas sin casco, por mucho calor que sintamos. Ya sea patín, bicicleta o ciclomotor, siempre con casco. Para recorrer 50 metros o 200 kilómetros, nos da igual, hay que ponérselo siempre.

—Y fíjense, que les he traído cascos buenos. La verdad es que yo nunca me pongo un casco de plástico, de esos que están sin certificar y no protegen nada. Mejor uno como este que llevo. ¿Ven? Superficie sólida y rígida, carcasa interna con espuma, no me aprieta y tampoco se mueve. Y lleva también visera para protegerme los ojos. Si no está abrochado, el casco no sirve para nada, porque no te protege. Me gusta también por su color rojo brillante, para que me vean mejor.

—Yo siempre me pongo uno, Irene, porque ando en bicicleta a menudo —señaló Virginia—. Y me ha interesado mucho tu consejo de llevar visera. Aunque suelo conducir con lentes de sol, lo pensaré. Una visera me protegerá mucho más la cara.

—Muy bien, Virginia. Bueno, ahora paso a explicarles los movimientos para patinar, para que practiquemos antes. Hay dos técnicas: el desplazamiento en twist y el desplazamiento en tijera. El primero es más fácil. Además, el twist es ideal para patines como estos que traemos, de tres ruedas. Solo debemos impulsarnos con las piernas, y luego balancear el cuerpo de un lado a otro para que avance el skate. Con ello ganamos velocidad. A ver, vamos a practicar... Balancearse y agacharse, como si bailáramos el twist. Pero bueno, ¡qué bien lo hacen!

Los dos pasaron la prueba. Y se divertieron muchísimo. Pero a los veinte minutos, Irene decidió cambiar.

—Les enseñaré un movimiento más —les indicó—. Se llama desplazamiento en tijera. Es más complicado, porque tenemos que mover las piernas del interior al exterior, por eso se llama de tijera. A ver... Virginia, tú muy bien. Pablo, tienes que practicar más. ¡Se te da mejor el twist!

En definitiva, se lo pasaron en grande. Patinaron más de dos kilómetros y, por suerte, ninguno se cayó. Pero no olvidaban lo que venían a hacer. Avanzaba la mañana, y fueron a cumplir sus planes. Llegaron a la Zona Alfa, un lugar muy solitario, donde encontraron una gran nave cerrada con enormes candados.

—Toca esperar —dijo Irene—. Mejor nos escondemos tras ese matorral.

No tuvieron que esperar mucho, ya que poco después llegó un camión y se abrieron las puertas del galpón, de donde salieron cuatro hombres fornidos y sudorosos cargando grandes cajas. Al verlas, Irene ya no tuvo la menor duda.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Irene en voz baja—. Para mí que estos delincuentes lo que se traen entre manos es contrabando. Primero, lo traen en barco hasta la playa, lo esconden en la cueva y lo traen aquí, bien escondido mientras tanto, para distribuirlo y venderlo luego. ¡Está muy claro!

—¡Ay! —exclamó Virginia, tras pincharse con el matorral.

—Vamos, ¡hora de salir huyendo! Tomen los patinetes, chicos, hay que salir volando.

Eso hicieron, a toda velocidad. Menos mal que los cargadores se encontraban dentro y tardaron en darse cuenta de su presencia. Cuando lo hicieron, los muchachos habían doblado la esquina a toda prisa. Así que solo vieron a unos chicos corriendo, y no le dieron importancia.

Regresaron excitados, orgullosos de sus dotes detectivescas. Ahora toca contarle, pero Irene les advirtió que solo debía contárselo a su padre.

—Se los presentaré muy pronto, lo prometo.

Pasaban los días. Junto a Irene, el tiempo pasaba muy rápido porque no paraban un momento y lo pasaban fenomenal. Los tres se tomaron mucho cariño y se convirtieron en amigos inseparables. Sintieron mucha pena cuando Jorge les anunció que las vacaciones en la playa finalizaban en dos días y que se trasladarían a un camping de montaña, como habían acordado. Había encontrado otro precioso, no muy lejos de este. Además, muy cerca había una de esas Vías Verdes que Virginia tenía tanto interés en conocer.

Esta noticia hizo que Pablo protestara de inmediato.

—¿Por qué tenemos que cambiar, si nos encontramos aquí tan a gusto?

—dijo contrariado.

—Vamos a ver, Pablo, nosotros también nos hemos encariñado mucho con Antonio y Rosa, pero tenemos unos planes trazados y una reserva de camping previa. Acordamos ir a la playa, pero también a la montaña. Dentro de dos días nos toca cambiar. No te preocupes, también disfrutaremos de lo lindo. Pueden seguir en contacto con Irene y contarle lo bien que lo pasan.

—Pero no es justo. Virginia y yo acabamos de conocerla, estamos haciéndonos amigos. Y justo ahora, cuando nos lo estamos pasando tan bien, tenemos que irnos... ¿por qué no pueden anular esa reserva y que darnos aquí?

—Piensa en tu hermana, Pablo, su ilusión mayor era recorrer una Vía Verde en bici. Se lo prometí y lo cumpliré.

—No, no y no. No me quiero ir.

Enfadado, Pablo se encerró en la casa rodante y encendió el ordenador. No volvió a salir. Aquella tarde, contrariado y algo triste, completó el juego de “Hidras y Gorgonas”, ese mismo que había olvidado por completo durante las vacaciones.

CAPÍTULO 3. MONTAÑA

Cuando llegaron al camping de montaña, a Jorge y a Amelia les sorprendió lo distinto que era del otro. En él se podían practicar todo tipo de actividades: Tiro con arco, equitación, tirolesas... Y, al lado, había un río en el que poder bañarse. Estuvieron tan cómodos allí practicando senderismo, natación y pesca, que solo al final de su estancia decidieron emprender la ruta por esa Vía Verde que tanto entusiasmaba a Virginia.

La Vía Verde cercana al camping se había creado aprovechando el cierre de una ruta de ferrocarril. Transcurría por una preciosa sierra con ríos, pinares, puentes, muchos túneles y una de las mejores colonias de aves del mundo. Por eso, Jorge llevaba en la casa rodante unos buenos prismáticos. Contaba con estudiar especies que no había visto nunca. Lo que más ilusión le hacía al señor profesor era encontrar un “Ibis eremita”, ese pájaro de aspecto estafalario, frondoso plumaje negro y pico rojo, que se encontraba en grave peligro de extinción.

Pero si Jorge estaba satisfecho, su hija Virginia parecía radiante. Los días transcurridos cuidando a Sócrates habían despertado en ella la que creía su verdadera vocación: ser veterinaria. Lo tenía decidido: le gustaban mucho los perros y parecía tener un don especial con ellos. La idea de conocer aves curiosas también le empezaba a entusiasmar. Todo era nue-

vo para ella, y cuanto más se acercaba al mundo de los animales, más le atraía.

Por su parte, Amelia se sentía estupendamente: haciendo vida al aire libre, lejos de toda contaminación, pudiendo hacer ejercicio y respirando aire puro.

Todo habría sido perfecto de no ser por Pablo. A pesar de la animación de su familia y del tiempo transcurrido, Pablo seguía alicaído. Echaba de menos a Irene y esos días pasados junto a ella en los que se sintió pirata, espía, patinador, informático y hasta guardaespaldas, por lo mucho que le gustaba estar a su lado y protegerla. Fue muy triste tener que despedirse de ella de sopetón, de un día para otro con un “ya nos escribiremos”, o “no hemos tenido tiempo de conocer a tu padre”, o “hacía tiempo que no lo pasaba tan bien...”

Tras esos días fantásticos en los que estuvo abierto, cariñoso, charlatán y bromista, ahora costaba mucho hacerle hablar y que participara en la organización de las actividades del día a día. Simplemente, les contaba que echaba de menos a Irene y que se sentía muy triste por no verla.

Para animarle, empezaron a poner a punto sus bicicletas. Primero las limpiaron, ya que habían agarrado mucho polvo con el traqueteo del camino. Después revisaron a fondo los frenos y las ruedas, comprobaron la presión, ajustaron los cambios y engrasaron la cadena. Por último, ajustaron los asientos, y se aseguraron de llevar completa la bolsa de repuestos por si algo fallara.

Mientras, Pablo se encargó de cuidar a Sócrates. También le había tomado mucho cariño a ese perro que ya no era tan pequeño. Día a día iba creciendo.

Al día siguiente, Jorge, Virginia y Pablo —que al final decidió ir— se dirigieron a la Vía Verde. Quedaron en que Amelia cuidaría de Sócrates en la casa rodante. Bien entrada la tarde, iría a recogerlos por una carretera de acceso, situada a mitad del trayecto. Así que, con las bicicletas a punto, agua y víveres suficientes, decidieron partir.

Se pusieron los cascos y salieron a la carretera antes de entrar en la Vía Verde. Jorge iba el primero, y los hermanos detrás, en fila india. Pasado un rato, sus hijos vieron cómo extendía el brazo y lo movía arriba y abajo con seguridad y rapidez, antes de dirigirse hacia el banquina. Los chicos entendieron la maniobra: necesitaba parar, para abrocharse bien las zapatillas.

Después, reemprendieron el camino hasta alcanzar el inicio de la Vía Verde, a la que se accedía girando a la derecha. Para ello, Jorge también advirtió de la maniobra con tiempo suficiente, esta vez con el brazo izquierdo doblado hacia arriba y con la palma de la mano extendida. Los mellizos le siguieron con rapidez y alivio, pues, justo al final de ese camino de tierra, encontrarían el inicio de ese otro sendero donde ya no habría tránsito rodado. Ni señales, ni guardias, ni semáforos; solo ellos, las bicis y las aves.

Al cabo de dos horas, circular por la Vía Verde resultó incluso mucho más hermoso de lo que Virginia había podido imaginar. Los árboles daban sombra, numerosos pájaros cantaban y el cielo azul, sin una nube, les proporcionaba una luz extraordinaria. Se sintieron algo cansados y decidieron parar. Querían tomarse un refrigerio y admirar la fauna y el paisaje con los prismáticos. En un haya cercana divisaron un nido. Jorge y Virginia fueron a verlo, pero a Pablo aquello no le interesó y decidió esperarles sentado bajo un árbol. Allí apoyó la bici y, al rato, se sintió observado.

—Eh, tú, muchacho, el de la bici. ¿Te gustaría ganar un dinero? Dame tu bicicleta.

—¿Cómo?

—Da igual. Me la llevo. Me hace falta.

Y, sin más contemplaciones, aquel extraño se subió sobre ella y se alejó a toda velocidad. Sin tiempo a reaccionar, ni posibilidades de enfrentarse a un adulto, Pablo lo dejó ir con todo el estupor del mundo. Tan sólo pudo gritar “¡al ladrón!”, lo más fuerte posible, para avisar a su padre.

Jorge y Virginia aparecieron de inmediato.



—Pero, ¿qué ha pasado, Pablo?

—¡Que me han robado la bicicleta en mi propia cara! Madre mía, no me lo puedo creer, ha sido todo demasiado rápido.

—Bueno, pues no seré yo quien los deje solos para intentar darle alcance. No me fío —dijo Jorge—. Lo siento muchísimo por la bicicleta, y por la caminata que nos espera, pero qué le vamos a hacer. Esto cambia los planes. Tendremos que seguir adelante, alternando las bicis para no cansarnos demasiado, pero uno de nosotros tendrá que seguir andando. Venga, suban ustedes. Este primer trecho me toca a mí.

Al cabo de una media hora andando, otra gran sorpresa les esperaba en el camino. Menos mal que se apartaron. Esta nueva aparición vino en forma de motocicleta de gran potencia, conducida a gran velocidad, por un señor con casco y una dama detrás. La dama era por todos conocida: se trataba de Quiteria, la abuela de Irene, que se bajó de la moto.

—¡Eh, caminantes!, ¡esperen un momento! Por casualidad, ¿no se han encontrado con un bandido en el camino, verdad?

—¡Y tanto! Qué alegría verte, Quiteria. ¡Qué casualidad! A Pablo le ha robado la bicicleta un sinvergüenza, por eso vamos tan despacio.

—Pues voy tras él, hasta luego —dijo el motorista.

Todos se arremolinaron en torno a Quiteria. Demasiadas preguntas.

—Pero vamos a ver, Quiteria —le consultó Virginia—, ¿cómo es que vienes en moto, si estamos en una Vía Verde y está prohibido?

—Eso, ¿no estabas en el camping de la playa con tu familia?, ¿qué haces aquí? —inquirió Jorge.

—¿Y cómo está Irene? —preguntó Pablo de inmediato.

—Calma, calma, sigamos adelante y ya iré contestando a todas sus preguntas por el camino. Estoy segura de que pronto volverá mi hijo, el que aún no conocen y han visto en la moto.

—Por casualidad, ¿no será ese el padre de Irene? —soltó Pablo, muy intrigado.

—Justo, ese mismo, el que lo arregla absolutamente todo.

Siguieron adelante y, al cabo de dos horas, pararon para comer algo y agua. Quiteria no parecía muy cansada. Cuando iban a emprender la marcha, apareció en la carretera una furgoneta policial, lo que hizo que esta sonriera.

—Este es mi Tomás. Ya está para aquí para rescatarnos.

Detenida la furgoneta, se dirigió presurosa a consultarle.

—Y qué, hijo ¿cómo ha ido?

—Detenido y en la cárcel. Por fin, ya era hora. Todo un mes llevo de incógnito en tu casa para poder atraparlo, con sus idas y venidas, cuando la madriguera la tenía aquí, en una Vía Verde. Planeaba construir una fábrica ilegal de componentes electrónicos, aprovechando una estación abandonada. Menos mal que Irene me puso sobre la pista cuando me contó lo de la cueva y la nave de distribución clandestina. ¡Más quisiera Sherlock Holmes haber tenido una familia como la nuestra! Por cierto —dijo mirando a Pablo—, mis disculpas, joven. Para que me perdones, traigo en el capó tu bicicleta.

—Disculpas a mí, ¿por qué? —preguntó Pablo muy intrigado.

—Por haberte asustado. Fue a mí a quien viste correr por el jardín la noche antes de que salieran de vacaciones. Iba tras ese tipo, creí que se había metido en casa de mi madre, a la que cortejaba, y era peligroso. Estaba armado, y teníamos que protegerles y protegerme. Nadie debía saber que yo estaba viviendo con Quiteria en esos momentos, tenía que vigilarle, por eso mi madre no les pudo contar la verdad.

Hace unas horas hiciste muy bien en no enfrentarte a él cuando te robó la bici: ¡bravo! Ya lo tenemos bien atrapado. Se le caerá el pelo del todo cuando consigamos descubrir lo de las joyas, con las que sospechamos que también trafica. Bueno, si quieren les puedo dar todos los detalles de la historia, pero será mejor que volvamos a casa, ¿no? Además, me han contado por ahí que al final de la Vía Verde nos esperan dos mujeres muy guapas y una casa rodante. Así que subamos todos, para eso he traído la camioneta, ¡vamos!

Al final de la carretera de salida, divisaron su casa rodante. Fuera de ella, Amelia abrazaba a Sócrates mientras divisaba el camino, esperando a que vinieran. Una joven dama, a su lado, se quitó el casco de protección, dejando caer una larga melena negra de cabellos rizados. Contemplarla produjo de inmediato la aparición de una enorme sonrisa en Pablo, pues era nada menos que Irene Dos Ruedas, con su casco inseparable y, a su lado, un ciclomotor.

—¡Hoolaaaa!

—¡Dios mío, es Irene! ¡Biennnn! —gritaron Pablo y Virginia a la vez, y corrieron a abrazarla.

—Les he echado muchísimo de menos. Qué bien que volvamos a reunirnos. ¿Qué les ha parecido mi padre?

—Admirable, quiero ser como él —dijo Pablo.

—Yo también, Pablo, ya lo creo. Tengo novedades. Como ya les dije, hace unos días fue mi cumpleaños. El mejor regalo ha sido este ciclomotor rojo que me ha regalado mi padre. ¿A qué es muy lindo? Como he cumplido los quince, conseguí sacarme la licencia para conducirlo en el municipio en estos días pasados. He estado muy ocupada aprobando las pruebas de teoría y de destreza. Y ustedes, dejando a un lado lo del delincuente, ¿cómo lo han pasado en esa Vía Verde?

—Muy bien —contestó Virginia—. Hay una colonia de aves increíble y por el camino hemos estado observando muchos tipos de pájaros. El paisaje es impresionante, hay ríos para pescar, puentes, estaciones... Un lugar maravilloso.

—Qué bien, parece estupendo. Ahora que ya terminó todo esto, ¿podemos venir juntos otro día? —preguntó Irene.

—Por supuesto, pero en bicicleta. Con la moto no te dejan entrar. Este camino es solo para caminantes, ciclistas o los que montan a caballo. Y, de manera excepcional, como ha pasado hoy, para los autos de la policía. Y puede que sea por el calor, pero la verdad es que, salvo a un ganadero a lo lejos, al ladrón, a Quiteria y a tu padre, no hemos visto a nadie. A Pablo le estaba resultando algo solitario.

Un Pablo que no había hecho más que sonreír todo el tiempo hasta ese momento.

Amelia, interrumpida por los insistentes ladridos de un Sócrates hambriento, cortó la conversación.

—Venga, volvamos, que Antonio, Rosa y la pequeña Blanca nos estarán esperando en el camping para cenar. Tenemos que armar dos parillas: ellos han traído costillas y nosotros tenemos pescado. Seguro que están cansados y hambrientos. Así que, todos arriba. Guarden las bicicletas, que nos vamos. ¡Menudo día!

—Yo me vuelvo en mi ciclomotor, que ahí adentro no cabe. Háganse a la idea de que iré escoltándolos como a unos reyes —bromeó Irene—. ¡Salud al rey Pablo, gloria a la reina Virginia! Nos vamos.

Tal vez fuera Jorge quien se encontraba más contento por este broche feliz de las vacaciones. Adoraba ver a sus hijos felices. Y junto a Irene Dos Ruedas, esa niña animosa que parecía escapada de alguna película de acción, sin duda lo estaban.

La noche transcurrió plácida. Pese a que Irene, Pablo y Virginia tenían mucho que contarse, estaban muy cansados por tanto ejercicio y tantas emociones. Así que, tras cenar, todos cayeron rendidos. Ya tendrían tiempo de hablar al día siguiente.

Y tanto. Se levantaron como nuevos y desayunaron con ganas. Irene, encantada con su ciclomotor, quería enseñarles a los mellizos todo lo que había aprendido. Pero estos, que de momento no tenían prisa alguna por conseguir uno, le propusieron acercarse a la ciudad. Precisamente ese día pasaba la vuelta ciclista, y no querían perdersela.

El trayecto resultó muy ameno, todos circulando por el banquina de la derecha. Se arrimaron más en las curvas, en los cambios de rasante y cuando se cruzaban con otros vehículos que transitaban por allí. Irene aminoró bastante la velocidad para no alejarse demasiado de los mellizos, que iban con sus bicicletas. Cuando pararon, les indicó:

—¿Ven? Para señalar las maniobras utilizamos señales luminosas, con anticipación y claridad.

A la entrada de la ciudad, había una rotonda inmensa. Pablo se interesó.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Irene? Es que no entiendo muy bien lo de las rontondas. ¿Cuándo sabes que te toca incorporar? ¿Y cuándo no tienes que esperar, sino entrar en ella sin más?

—Pues lo que debes tener claro es que las rotondas no se cruzan nunca en línea recta, sino rodeándolas dejando el centro a la izquierda. Los vehículos que se encuentren ya en ella tienen preferencia de paso, por lo que, al incorporar, primero debes ceder el paso a los que ya están dentro. Luego pasas tú, ¿entendido?

—Yo sí, pero a muchos conductores de automóviles parece que les cuesta.

—Bueno, no es tan difícil, es como si tuviéramos delante una señal de Ceda el Paso. Antes de entrar, tenemos que detenernos y dejar pasar. Y a la hora de salir, somos nosotros los que tenemos prioridad.



Yo creo que adelantar es la maniobra más peligrosa —continuó Irene—. Hay que hacerlo siempre por la izquierda, salvo que el vehículo que vaya delante nos indique que va a girar en esa dirección. Yo me sitúo detrás del vehículo, un poco a la izquierda y a distancia prudencial; luego miro atrás y adelante comprobando que no viene nadie más, advierto de la maniobra y acelero, despegándome lo más posible del vehículo adelantado. Y luego me incorporo al carril de la derecha poco a poco señalizando la maniobra. Pero muchísimas veces me quedo atrás. Cuando tengo dudas, o no tengo visibilidad, ni se me ocurre hacerlo, por seguridad. —Menuda clase me has dado, Irene. Pareces una academia de conducir andante, ja, ja, ja. Muchas gracias, ahora sí que me ha quedado claro del todo.

De repente, Pablo cambió el gesto, parecía algo triste.

—Estaba pensando qué pocos días nos quedan de vacaciones... Pasado mañana tendremos que regresar. Bueno, por lo menos no dejaremos de vernos. ¡Menos mal! —exclamó.

Pero en el aire soplaba el viento de las despedidas, y en las miradas estaba la prisa de vivir esos últimos momentos juntos con intensidad. Esperaron unos minutos y la serpiente multicolor de los ciclistas en competición pasó ante sus ojos. Todo era jolgorio y alegría a su alrededor. Gritos de ánimo, banderas, fotos.... Y cuando todos estaban pendientes de la carrera, Pablo tuvo un gesto de arrojo y besó a Irene en la mejilla, de improviso y sin avisar.

—Te quiero mucho, Irene. No quiero que nos separemos jamás.

—Y yo a ti, capitán. Mi capitán.

—Oye, todo esto de los misterios y las pesquisas me ha gustado mucho. De mayor, quiero ser policía. ¿Cuándo volveremos a investigar?

—Ja, ja, ja. Muy pronto, seguro que papá te recluta. Eres el mejor.

Aquella noche tuvieron una sorpresa más, ya que todos los adultos se habían encargado de preparar una fiesta sorpresa en el camping. Un fiesta en el que no faltó música, una estupenda parrilla, bebidas y disfraces. Iban todos disfrazados de vaqueros. Y todos aplaudieron cuando vieron aparecer los disfraces más originales de la noche, los que llevaban

Irene y su pequeña prima Blanca, las dos cubiertas de pelo. Decían que eran el Oso Yogui y su amigo Bubu.

—¿No habrá por aquí pasteles para nosotras? —preguntaron al llegar.

En medio del jolgorio, Pablo se acercó enigmático a Tomás, el padre de Irene, aprovechando un momento en que lo encontró solo.

—¿Cómo va la investigación sobre el contrabandista?, ¿ha terminado ya? Verás, es que creo saber dónde pueden encontrarse esas joyas que mencionaste. ¿Son importantes para el caso?

—Fundamentales, así tardaría mucho más en salir de la cárcel, donde debe estar

—Pues entonces tengo que contarte que, antes de irnos, bajo el manzano de nuestra casa vi tierra removida. Dos veces. Y mi madre no estuvo trabajando en el jardín ese día. ¿Podría ser que las joyas las hubiera enterrado allí?

—Um... ¿en vuestro jardín y no en el de Quiteria? ¡Pues claro! Con razón lo removí todo pero no encontré nada en nuestro chalet. Lo mismo sospeché y le pareció más seguro dejarlas en vuestro huerto. ¿Bajo el manzano, dices? Mañana mismo buscaré. Buenas dotes de observación las tuyas, muchacho. ¿Has pensado hacerte policía de mayor? Creo que podrías servir. Ah, y otro asunto importante: si quieren, pueden quedarse con el cachorro.

—¿Con Sócrates?

—Sí, investigué lo del perro a petición de Irene. Pregunté en la Escuela donde los entrenamos: era uno de nuestros cachorros, que se escapó de una camada de seis. Esperamos un poco a que crezcan para identificarlos, por eso no llevaba puesto un microchip. No lo echaron en falta y, cuando se dieron cuenta, pensaron que, solo, no habría podido sobrevivir y habría muerto ya. Me alegro de que no sea así. Resuelto otro misterio, pero ¿se lo quieren quedar?

—¿Nos harías ese favor, de verdad? Mis padres decidirán, pero todos le hemos tomado cariño a Sócrates. Sobre todo Virginia. Si se lo quitaran ahora, se llevaría un gran disgusto.

—Pues no te preocupes. Lo hablaré con tu padre. Si lo quieren, es de ustedes.

—¿Qué, es o no mi hijo mayor un “arreglalotodo”? —intervino Quiteria, apareciendo de improviso, como era su costumbre.

—¡Desde luego! -dijo Pablo.

—Menos conmigo, me espanta todos los novios que me salen, ja, ja, ja. Con lo buen partido que era ese delincuente: contrabando, fábrica ilegal, joyas, glamour...

Todos rieron, y la fiesta continuó aún con mayor animación. Cuando oscureció, decidieron encender unos juegos de luces que habían colgado entre las casas rodantes. Esta iluminación permitió a Pablo contemplar, a lo lejos, cómo Virginia daba las gracias a Tomás por lo de Sócrates y cómo Jorge se fundía con este en un abrazo largo y cordial. Habían acordado una próxima reunión de sus familias en casa de Quiteria. Tenían mucho más de qué hablar.

Al cabo de media hora apareció Irene, radiante. Se había cambiado el disfraz de Yogui por un vestido blanco y venía dispuesta a bailar con Pablo. Y este, al verla llegar tan preciosa, sintió de repente que todo se esfumaba alrededor. Pensó en lo mucho que había cambiado durante esas intensas vacaciones. Ese verano en el que no había parado ni un momento: su nueva mascota, sus padres, su hermana y su nuevo amor, su Irene Dos Ruedas, que para él suponía todo un mundo nuevo de aventuras, acción y emoción, al que no renunciaría a partir de ahora.

Concluyó entonces que la vida, su propia vida, sí que podía convertirla de verdad en un videojuego alucinante, lleno de sorpresas. Para ello, ya no se encerraría aislado en su cuarto, solo ante una pantalla que no podía escucharle, ni comprenderle, que no le daba protección, ni ese calor y esa alegría que solo te proporcionan los demás. Por ello, en casa de los Manzanedo, aquel otoño los videojuegos quedaron olvidados, y sustituidos por la adictiva presencia de Irene y sus largas tardes de estudio y conversación.

Ángeles Prieto Barba, nace en Cádiz. Es diplomada en Graduado Social y Licenciada en Historia. Obtuvo el puesto de Coordinadora Provincial de Educación Vial en la Jefatura de Tráfico de Cádiz en 2001, que ejerce en la actualidad impartiendo clases de esta materia en los distintos centros educativos de la provincia.

Publica con periodicidad ensayo, artículos, reseñas literarias y cuentos.

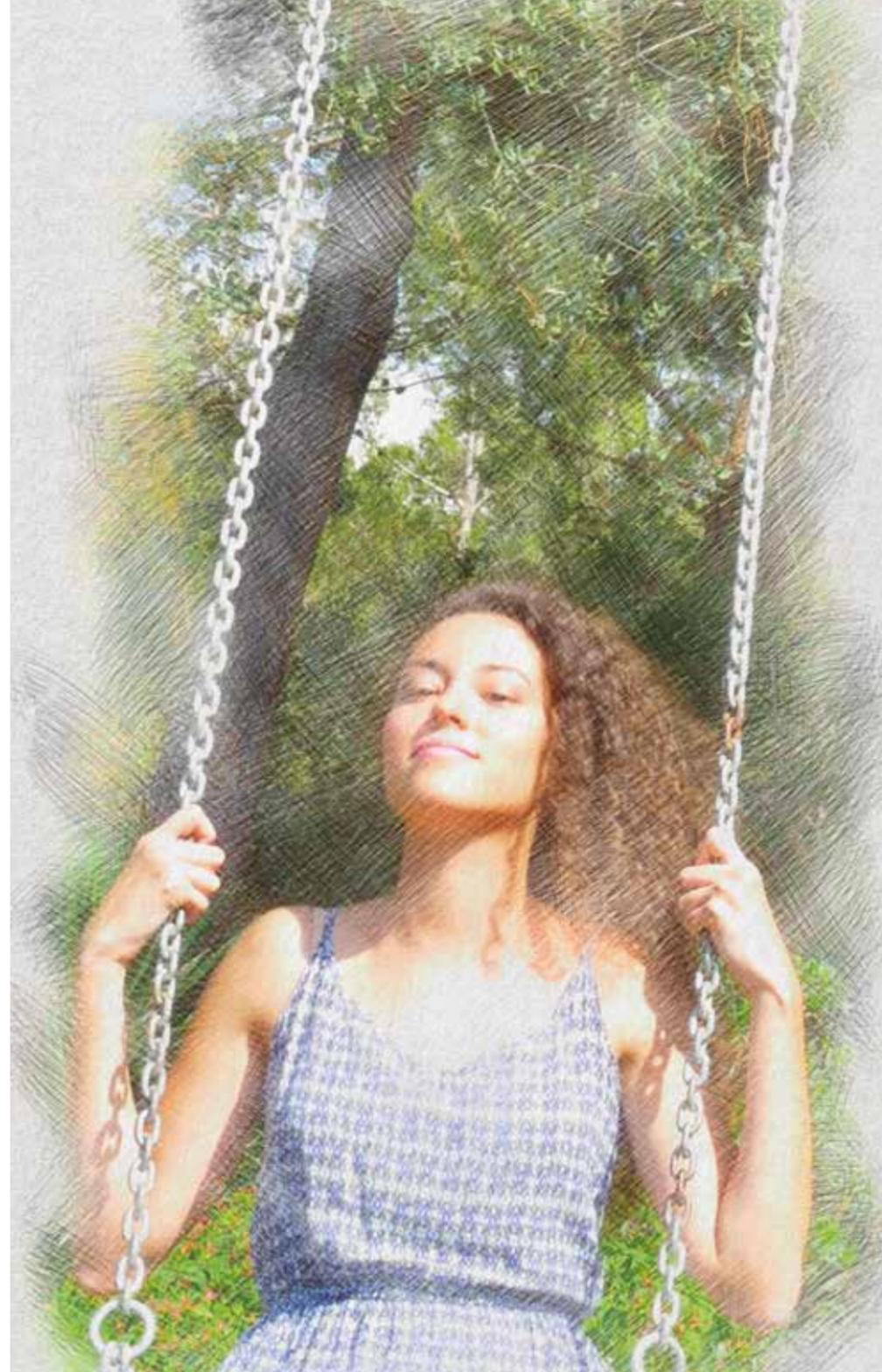
Mario Miranda, nace en Socovos (Albacete). Es fotógrafo, músico y director de proyectos culturales en La Llave. Gestión y producción cultural.

Desde niño, tuvo la necesidad de llevar una cámara colgada de su hombro y un buen día de principios del 2002, decide dedicarse de pleno a la fotografía. En 2008, comienza sus estudios en Dirección de Fotografía, en la escuela de cine “Ciudad de la Luz” de Alicante.

Ha sido reconocido con numerosos premios, entre los que podemos destacar el Premio Internacional de Fotografía FITUR 2014.

Sonia Salvador Vicente, nace en Albacete. Es Licenciada en Derecho, tiene el Posgrado en Tecnología Digital y un Máster en Archivística.

Muy pronto encuentra un aliado perfecto para satisfacer sus inquietudes artísticas en su cámara fotográfica. Es casi una niña cuando gana su primer concurso fotográfico. Tras este, vinieron muchos más. Las exposiciones individuales y colectivas son ya una constante en la vida artística de Sonia.



Sigue aprendiendo
con nosotros.
¡Descúbrelo aquí!



www.fundacionmapfre.org

Fundación **MAPFRE**

